

## Cuento 1.

### La espera [des-espera].

Estaba sentado en su escritorio. La luz de invierno le gustaba. Se reflejaba el árbol de la ventana; cuando lo recordaba se sentía un poco triste: está muerto le habían dicho.

Sus pensamientos se habían casi esfumado mientras no sabía de que iba a tratar esta novela que escribía. De pronto se sentía mejor, aunque el abismo en el cual se encontraba era difícil. Siempre sería difícil. Nunca podría salir. O quizás sí. De pronto le habían dicho también que era posible con tiempo y con paciencia. Y sin embargo se preguntaba mientras suspiraba: he esperado mucho tiempo. A veces se me hace eterno. No sé, quisiera avanzar y retroceder el tiempo. Que la vida pase mientras yo me quedo muy quieto. Catatónicamente in-quieto. Leyó sobre aquello en una revista en su adolescencia. Horrorizado pensaba para sus adentros: ¿será que estar así de quieta es similar a lo que le pasa a los otros viajeros? Primera pregunta. Le contaría a su analista que al menos ya sabía de lo que quería hablar. Algo del tiempo y de los viajes: no así de los viajes en el tiempo. Eso quedaría para las películas, a él le interesaba la literatura. No paraba de tener ese lapsus cuando una palabra comenzaba con la letra "L": siempre, siempre, leía "literatura". Verdaderamente daba lo mismo de que iba la letra, más bien la palabra. Él leería: literatura. Por ahí tendría que seguir su camino de escritor no emancipado. ¿Alguien leería mis libros? Se preguntaba. Era confuso de pronto pensar que alguien querría leerle, y además siempre tambaleaba respecto a esa pregunta: [segunda pregunta para comentarle a mi analista]: se me olvidó. ¿Cuál era la pregunta? Constantemente le resonaba.

De pronto repetirse a sí mismo su nombre le hacía recordar un pedacito de quien era; como si hacerlo fuera a cortar con algo que no cesaba de escribirse siempre igual. Un síntoma analítico pensaba. Es tan rara la mente humana. Extravagantemente se atormentaba mientras escribía, si bien no sabía mucho de qué iba esto. Tal vez una novela era más difícil. Ni siquiera Alejandra Pizarnik alcanzó a escribir tantas novelas como hubiese querido. La idea de ello le inquietaba aún más, se daba cuenta que repetía aquella palabra.

“Lo inquieto”. Tal vez así podría titularse algún extracto de un escrito académico respecto a algún tema de su interés. Un subtítulo. Lo anotaré para el futuro. A modo de hilo de pensamientos escribía y se perdía entre lo efímero de un click en el teclado y el sonido que ello producía: chic chic chic. Podría ser una onomatopeya. Guau. Extasiado miró por la ventana: entre medio de las cortinas se veía la silueta de un leopardo. Pensaba que eso era imposible: estoy en mitad de la ciudad, escucho el ruido de los autos, de un par de personas caminar, no puede ser que haya un leopardo en mi ventana. Sentía miedo, y no tanto: simplemente le estragaba de pronto pensar que aquello era simplemente una excéntrica extravagancia de su andar. De sus pensamientos en realidad. También le divertía pensar que eran sombras unidas que emergían entre las cortinas y tal vez como aquella vez -es que ya le había pasado- se daba cuenta que era un basurero con una bolsa encima y palo de escoba. Se reía al recordar que había tenido casi el mismo pensamiento -y no igual, la memoria es frágil y aprendió que los caminos neuronales nunca serán los mismos por donde se recuerda un algo del pasado ficcionado en el presente como en una sesión de análisis-: ¿es una jirafa lo que veo a través de la cortina? Im-possible, estoy en mitad de la ciudad. Quizás si abro solo para comprobar. O quizás mejor no abro y me quedo con la idea hermosa de que aquello que estoy viendo es un leopardo. Estaré en pleno centro ciudadístico, no obstante el imaginarme que me encuentro en mitad de una selva y no frente a mi escritorio me hace recuperar las ganas de respirar. Compleja laxitud de pensamientos y de imaginaciones tenía en ese momento: pero siempre refugiarse en su imaginación simbolizada era un lugar seguro para descansar. Y así poder cortar con aquello que la inquietaba tan profundamente dentro de su cuerpo, esperando salir, esperando concretarse, esperando un día quizás sentirse completamente en sí mismo.

Sentirse encontrado y no vaciado. Pensar que la sangre que le hervía por dentro lo mantenía vivo, a veces inmóvil y otras: simplemente expectante.

## Cuento 2.

### Los vaivenes danzantes de un efímero acontecimiento.

Escuchaba una voz desde muy lejos. No sabía de qué iba. [¿Será nuevamente un producto de mi imaginación?]. Cuando pensaba mientras escribía se decía a sí mismo que eso nunca era posible. Lo im-posible de pensar al escribir siempre, [siempre] se le tornaba inquietante. Y es que continuaba extasiada de aquello que en su loca mente imaginaba.

- Vengo a acompañarte (le dijo la voz)
- ¿Por qué? Estoy bien aquí solitariamente pensante. Solitariamente escribiendo, subliminalmente expectante. (Esta voz se me hace extrañamente familiar. Mmm, ¿quién eres voz?)
- Precisamente por eso. Me enviaron en cualquier caso, yo no me terminaba de convencer que era oportuno pegarte una visita.
- La verdad es que no me gustaría que me peguen. Me recuerda ese escrito de Lacan “Pegan a un niño”.
- Te equivocas Aurora, ese es de Freud.
- Aurora: Jajaja, siempre me confundo. Es importante leerlos juntos pero no siempre tan revueltos. En cualquier caso entre mis equívocos inconscientes, no me importa perderme. “Notas sobre el niño”.
- ...
- Me advertieron de la lucidez de ese escrito y también del vuelco inesperado de la trama hacia el final.
- ¿Te refieres a un “plot twist”?
- Otra forma de llamarlo. Sí.
- ¿Y qué hay con eso?
- No mucho. En realidad solo asocié a ese escrito. A lo que iba contigo era que no quería ser agredida.
- Dejemos la agresión para los discursos totalitarios y rígidos que circulan hoy en día.
- Aurora: De acuerdo. ¿Cuál nombrarías como ejemplo? Es importante nombrar-se.

- Te contaré la siguiente historia: una persona muy cercana a mi existencia, iba caminando por la calle. Estaba un poco perdida, y muy angustiada. Según ella la venía siguiendo alguien mientras caminaba. Para sopesar su confusión interna, le subió el volumen a sus audífonos. De pronto la para un hombre en la calle para pedirle una dirección. Ella no quería responder pero tenía más miedo de no hacerlo, que hacerlo. Por lo demás no era más allá del miedo día. De pronto se siente inquieta, el, comienza a preguntarle una regresión sobre un libro que ella desconocía.
- ¿Una regresión al miedo-medio día?
- Quise decir: reseña. Y por su puesto era al medio día.
- (Aurora se echó a reír) eso sí que fue un lapsus. Sigamos por ahí.
- No sé muy bien a dónde querría regresar. Eso asocio con regresión. Volver. Retornar. Ir hacia atrás.
- Volver, re-tornar, ir hacia a-tras.
- Voz: Sí! Tornar. Cuando me daba vueltas inquietamente en la cama, no podía dejar de pensar. Pasaba horas que se tornaban años: el eterno estupor del tiempo. Un pensamiento, luego otro pensamiento. Y otro, y otro, y otro.
- ¿Cómo es eso de lo otro del eterno estupor del tiempo?
- Me asombraba del recorrido de las horas. Aunque pasaran segundos para mi era eterno. Lo efímero de un pensamiento y que después no llevaba a nada: y aún así lo esperaba.
- ¿A quien esperabas?
- Al leopardo de mi ventana. Esa imagen majestuosa, que calaba mi mente, tal vez mi imaginación. Venía a cuidarme. Me sentía libre, menos inquieto y también un poco más abrumado.
- Aurora: [¿Cómo enlazar algo real que se torna abrumante pero en un inicio le permite mayor libertad y quietud a este sujeto? ¿Cómo entretejer lo regresivo del tiempo sin que retorne en lo real del cuerpo? -lo real acá no es la realidad, aunque de pronto a él se le torna extremadamente tangible lo incorporeo de su cuerpo- tal vez, simplemente “saber” escuchar]. Ahora en el diván te estás moviendo: eso es nuevo (realmente sorprendida se encontró Aurora ante este nuevo a-contecer del cuerpo, un modo tan sutil y preciso de re-escritura a través de la palabra).

- Lo nuevo del movimiento me hace pensar que ahora quizás no tengo que escapar tanto tiempo más.
- Se puede acotar un poco más el acontecer del tiempo y del movimiento cuando se torna angustiantemente quieto o por el contrario li....
- Libremente solitario, no así me siento tan angustiado. Adiviné tus pensamientos -de nuevo-.
- (Aurora son-reía) [atravieso el son-ido de la risa. Mía y de mi paciente. Me voy caminando junto con él a la puerta: nos despedimos con nuestras miradas en silencio, como cada martes y jueves al medio día].

### *Cuento 3.*

#### Un re-corte recordado

Se encontraba confusoide mientras caminaba. Era un día de invierno, o tal vez de primavera. No se acordaba mucho, estaba bastante ansioso en aquella espera.

Se preguntaba a sí mismo qué esperaba. Aurora, su analista, le había marcado: ¿a quién esperas? Vaya manera de sorprenderse. Ni siquiera había pensando en la posibilidad de que esperaba a alguien. Y sin embargo se inquietaba de sólo imaginárselo. Algo le había evocado esa espera. Esperar, esperar, esperando ando, espera-ando, por la ciudad: hasta que de pronto se encontró con el hombre manos de tijeras. Recordaba aquella película que nunca había visto, sin embargo se acordaba de la imagen, como quien recuerda la carátula de un casete muy antiguo y querido. Le parecía ominosamente extraño este recuerdo: “¿cómo recuerdo tan realmente esta película, si nunca la había visto? Se preguntaba inquieto. Bueno, ya tanto he aprendido de lo enigmático de mi inconsciente, quizás, sea cierto. Quizás efectivamente esto que retorna quedó atrapado en los recovecos de mi mente”.

Se acerca con un leve atisbo de desasosiego.

- Hola (le dice al hombre manos de tijeras).

- (No responde, solo lo observa. Y no obstante, algo en su mirada cálida le dan el ímpetu de hacer la siguiente pregunta).
- Nunca vi esta película, siempre tuve la inquietud de verla. Pero hay algo en mi que me hace pensar que efectivamente la conozco muy de cerca. ¿De qué trata?
- Es de este joven que está atrapado en un castillo, pero de pronto lo encuentran y lo llevan a vivir a una casa común y corriente en el barrio. Y ahí comienzan los estragos.
- ¿Cuáles estragos?
- Es bastante singular la pregunta que me haces. Mmm, para mi lo más enloquecido pero así mismo muy divertido de la película es cuando el joven manos de tijeras comienza a cortarle el pelo a diversas mujeres del barrio. Dejándolas con peinados exóticos, que ellas lucían extrañamente bajo la admiración secreta libidinosa y sexual que sentían hacia él.
- ¿Y cuál es la parte chistosa de eso? Me parece un poco asqueroso.
- Precisamente por eso te decía que era bastante subjetiva tu pregunta. Pero para mi lo fue lo absurdo y sin sentido de la escena. Tienes que ver la película y sacar tus propias conclusiones.
- Me suena como a una sesión con mi analista: a veces cómico, a veces extraño, a veces pareciera ser que en el diván me pierdo tan fácil y aliviantemente en mis pensamientos que no sé bien hacia dónde voy. A veces es angustiante pero siempre, siempre: en algún punto lo absurdo se torna un chiste.
- No sé mucho de eso, suena igualmente personal tu asociación.
- Puedes contactarla y sacar tus propias conclusiones.

Este es el sueño que tenía de tanto en tanto. Siempre se encontraba caminando confusoide-mente por las calles del centro de la capital, edificios viejos, algunos nuevos, olores diversos: algunos le daban un asco tan profundo, tan real, que le calaba todo su cuerpo por dentro: algo así como un vacío existencial. Y sin embargo, otros, eran de una familiaridad que le sorprendía cada vez, una vez más. Aurora le dice: no sé si entendí que esperabas del hombre manos de tijeras. Él responde: creo que es hora de cortarme el pelo.

#### Cuento 4.

##### Entre-ver una tetera con té.

Observaba el reflejo de las nubes en la mesa transparente. Un atisbo de sol se desvanecía entre el reflejo. Día de invierno primaveral. Se decía a sí mismo que era un invernista. Y sin embargo la luz sol, era tan importante para sentirse deseante. Se pasaba los días escribiendo y leyendo. A veces amistades del pasado y algunas del presente le pedían una conversación bajo el relleno de una taza de café. Y sin embargo prefería mirar los reflejos de las nubes en la mesa de su balcón. [Será muy raro esto que me pasa? Habrá alguien que se sienta como yo? No sé muy bien qué es “sentir”. Aurora le decía que le venían bien las “obsesiones de temporada”. Algún autor, alguna palabra, algún pintor, algún lugar. Algún equis (lo que sea que se agregue en esa ecuación lógica) para pasar de un blanco de pensamientos que le angustiaba a uno tranquilo y simple que le aliviaba. Del sentir, pasó a la gran pregunta que le inquietaba: ¿cómo vivir sin existencialismos surreales que le calaban hondamente el cuerpo?

Recordaba su encuentro con Demian, aquel libro que leyó en su temprana adolescencia de un escritor de la corriente existencialista de la literatura. No recordaba su nombre. Los olvidos le atormentaban bastante. No siempre. Pero una vez que se aprende que no se olvida porque sí, que el inconsciente jugaba trucos en su mente y le hacía olvidar: le perturbaba. Le hacía llegar a esa tipología de preguntas, que luego le llevaban a más preguntas, y después creía haber alcanzado una respuesta y en realidad simplemente era mayor y mayor apertura y una asociación tan larga con imposibilidades psíquicas de cortar con ello. Y luego -a veces, no siempre- se angustiaba: tan profundamente. Porque no sabía cómo cortar con la angustia que le dividía su cuerpo por dentro. Fragmento por fragmento. Como cuando el hilo de pensamientos era insuficiente para tener la certeza de que aquel cuerpo de hombre era suyo.

Siempre le daba risa recordar aquella palabra: “hombre”. ¿Alguien sabe lo que es un hombre realmente? Décadas de la humanidad se nombraba a los seres humanos como “hombres”. Menudo embrollo. Siempre se cuestionaba en qué punto hacer la alusión a una “mujer” se tornó casi como un halago. Como si

hubiera que reivindicar algo. Como si el feminismo hubiese llegado para nombrar algo innombrable, siempre que escuchaba aquello “la reivindicación de la mujer” quedaba muy inquieto. ¿Cómo “la mujer”? Bien sabemos que la mujer no existe. Se reía. Evidentemente esa frase no era de él. Se la había robado a su analista, que a su vez se la robó a ese tal Jacques Lacan. De pronto entendía que con este cuerpo no tenía voz para alzar estos pensamientos, sin embargo tenía hermanas, y también en sus transfiguraciones angustiantes se decía a sí mismo que podía tener al menos un pensamiento al respecto. Entonces se preguntaba: ¿cómo lo que hoy por hoy se llama patriarcado, y que existe desde tiempos de antaño, viene con frases esloganicas para acabar con él? ¿Me vendrán a quemar a mi casa como esas historias de brujerías? Eso... eso le daba mucho miedo. Una vez soñó que se quemaba a lo bonzo, su fin en el sueño era salvar a su pueblo de algo terrible, innombrable, altamente insoportable. La única forma era quemándose a lo bonzo. Y se despertó como en ese cuento de Cortázar: la noche boca arriba. ¿Quién soy? ¿El del sueño o esta persona que yace sudada en la cama?

Llegó donde Aurora y le dijo que había tenido un sueño sexual. Ella le respondió: ¿otra vez?

[Cómo otra vez Aurora!!! A veces quisiera matar a esta mujer, a veces pienso que no me escucha realmente lo que estoy diciendo, a veces creo que estamos en conversaciones totalmente diferentes. Pero ella lo hace ver de una forma casi tan clara, como los ríos del sur de Chile en invierno, a veces incluso es elocuente. Ella me dice: tu seguirías viniendo si es que la transferencia de trabajo no hubiera radicado en esto? Y yo pensaba que no. Que ya me habría ido. Como todas las veces que me fui de otras terapias, para no volver. Porque dentro de tanto entendimiento se escondía una mentira. La palabra lo presagiaba además: entendi-miento. Claramente no era yo el que mentía, pero era como si en entenderse tanto, nadie era capaz de escuchar a mi verdadero ser profundo escondido. No sé. Uno sabe cuándo irse, un saber no sabido de mí mismo, que lo aprendí con ella, con Aurora, esta analista].

- Esta es la primera vez que tengo un sueño sexual Aurora (le dijo muy enojado. Siempre que se enojaba en sesión, después se sentía mejor. Era bastante inexplicable lo que implicaba para él analizarse).
- Quizás me equivoqué Andrés.

- Seguramente te equivocaste. Porque yo te digo que esta es la primera vez. ¿Te lo cuento?
- Por favor, sí. Estoy... intrigada [honestamente me había contado varios sueños de índole sexual, no explícitamente sexuales, pero evocaban a eso. Cada vez que pienso en silencio y con otros, este caso, me saltan un montón de dudas. Pero si algo he podido formalizar es que al paciente hay que seguirlo. En cualquier caso dije otra vez a modo de chiste. Quizás fue muy pronto para reírnos de todo esto].
- Más que el sueño en sí mismo lo que me dejó pensando y confundido fue que me desperté un poco bastante agitado y transpirado. Tenía mucho calor, como cuando uno está en un campo de girasoles caminando, el sol pega fuerte, se me olvidó echarme bloqueador y me estoy quemando a lo bonzo. De pronto me despierto pensando en el cuento de Julio Cortázar y me cala profundamente la pregunta por mi existencia. No estoy muy seguro de qué va nada de esto y a lo único que pude llegar es que resolví quien será mi próxima obsesión de temporada: Hermanne Hesse. Así se llamaba el escritor existencialista a quien había olvidado la vez pasada.

Como un laberinto sin fin, continuaron conversando, desentrañando en esas cuatro paredes la des-existencia de la humanidad. A posteriori, ella pensaba en el malestar en la cultura que continuaba. Cómo hacer en esta época en donde la inmediatez de la existencia se ve marcada por lo efímero del lazo social. Cómo convocar a sujetos para que se interesen por la creencia -si es posible así llamarle- en su inconsciente, siendo que la técnica avanzaba, las terapias alternativas emergían, los discursos sociales predominantes se rigidizaban, la apertura al diálogo escaseaba. Inquietudes sin respuesta que luego de cuarenta años en este oficio, la seguían movilizando. Aún cuando la pregunta por “quién soy” de su paciente la conmovía profundamente. La llevaba hacia su propio camino. El eterno misterio del psiquismo propio. El nódulo que le permitía mantenerse cuerda frente a un real de la tecnología que a veces se le tornaba angustiante. [Creo que lo que sigue, es tomarme una taza de té].

## Cuento 5.

### Del norte, al sur y retorno.

Flotar y unificar: eran las dos palabras que tenía en mente el día de hoy. Ya no era necesario aprendérselas de memoria porque simplemente estaba danzando sobre esas palabras: flotar-unificar-flotar-unificar-flotar-unificar. Unificando flotaba mientras caminaba sin rumbo por las calles de la ciudad. Paró. Que lindo pájaro pensó. ¿Hacia dónde vas pequeño zorzal? ¿Es un zorzal? No estoy muy seguro. No me sé los tipos de árboles que existen. Quería decir de pájaros. Bueno de árboles tampoco. Es que son tantos. Ayer soñé con que un pájaro me entregaba una carta. No está muy seguro si tenía que abrirlo o no. Estaba bastante intrigado. ¿De quién era esta carta? En estos tiempos no es muy común recibir una carta. Aunque sea un sueño. Me lo pregunté de todas formas. Así comenzaba:

“Estimado A: es menester que recibas esta carta y te dirijas por favor al castillo en Sussex. La dirección es: continúas caminando hacia el norte, luego doblas en el árbol que tiene tallada una letra, la letra “C” de casa. Prosigues caminando hacia el final, verás un acantilado, pero no te asustes porque si miras en dirección poniente podrás alcanzar un puente. Cruzas el puente y llegaste. Te espero, V.W.

Pd: no te olvides que para escribir uno solo tiene que recorrer la ciudad, observar, parar, representar lo irrepresentable a través de las imágenes que te replieguen internamente y luego simplemente plasmarlo en el papel. Trae tus otros escritos.”

Honestamente, no podría creer que Virginia Woolf me había enviado esa misiva. Entusiasmado, extasiado, mecanografiado, interceptado, y todos los ados: así me sentí. Tomé rápidamente mi bicicleta y seguí las instrucciones de la carta (-“lettre” en francés, [¿sabías que también significa letra?]). El camino era vertiginoso, eso no estaba explicitado en la carta. Quizás quería que me sorprendiera en el camino. O quizás implicaba tomar nota [mental y en la realidad] del consejo del final de ella. Parar y escribir lo que observo. Es tan difícil cuando de pronto las sensaciones que prevalecen en mí incluyen abismos.

- Sí abismos (hablaba, consigo mismo. [¿a quién no le ha pasado?]).

- Compleja erudición de significante.
- Erudición?
- Sí. Interdicción.
- ¿Cómo? No entiendo.
- No siempre tenemos que entendernos Aurora. Creo que nunca nos entendemos lo cual es chistoso.
- Jajaja. (Reía genuinamente).
- Entre la intersección de la clave del bosque, me refiero: del árbol, y también la incerteza de la profundidad del abismo, digo: del acantilado; fue bastante complejo, por no decir de una imposibilidad inconcebible que me llevó a pensar que me encontraba totalmente atrapado. Angustiado. Inquietado. Insospechado.
- Y todos los ados.
- Sí.
- ¿De qué lados hablamos?
- Me parece a mí existen dos teorías de la existencia. La primera refiere a que todo lo que vivimos en los sueños es verdaderamente la realidad de la subsistencia humana. Y la segunda tiene relación con que la la realidad objetivante que conocemos, no es más que una huella inacaba de nuestra vida onírica.
- Si te sigo entonces: ¿una teoría es en relación a que los sueños son la realidad y la otra a que la realidad son los sueños?
- Efectivamente. Lo cual no termina de ser un enigma misterioso de nuestra "realidad psíquica". De lo que sea que esconde la mente humana. De lo que sea que el devenir consciente de un relato historizado históricamente radique en un discurso analítico.
- Suena... n...
- ¿Novedoso? ¿Nuclear? ¿Nodular? ¿Nauseabundo?
- Sí. Sí. Y no obstante iba a decir: nortino.
- ¡Qué! Eso... eso no tiene ningún sentido.
- ¿Y por qué habría que tenerlo? Más divertido si nos evoca: alguna otra cosa de la que no queríamos saber.
- Nada de eso.

- Sigamos por acá.
- Hasta acá será entonces Aurora. Nos encontramos a la misma hora y en
- el mismo lugar la próxima semana.

## *Cuento 6.*

### Aparecía entre destellos la existencia.

Escribía mientras escuchaba música muy despacio, segundos antes de cerrar los ojos para insertarme y ahondar en uno de mis mundos preferidos: el mundo del sueño. Fue intenso. Como si toda mi existencia, mi alma, mi mente, se traspasara a mis dedos y sin pensarlo comencé a escribir.

Nada es temporal. No-todo es concreto. Las cosas pueden ser y no ser al mismo tiempo. Lo único que se necesita [a mi parecer- es interpretarlo asertivamente. No dejarse llevar por intuiciones o sentimientos pasajeros. Pero, me pregunto; ¿cómo saber realmente lo que es una “intuición” efímera? ¿Es posible saber de lo que van nuestros sentimientos? Parecía que centrarse en lo que está, lo que es, lo que llaman comúnmente la realidad. Tal vez eso muestra algo profundo. Algo verdadero. Lo que emana desde lo más profundo de tu ser. Incluso de tu alma. Si es que eso existe. Yo qué sé. Creí por mucho tiempo que era ese preciso momento en el cual los sueños se tornaban realizables, y no simples ilusiones esfumantes que como una canción tenía su fin. Tenía un vacío tan grande. Tan inabarcable. Tan angustiante. Que era complejo circunscribirlo.

Quizás emerger desde lo más profundo de mi inconsciente para así tener la certeza de que existo. O creer que la tengo. Las vicisitudes de la existencia. De mi propia existencia. Vislumbrar que existo porque hablo. Entender que Descartes se equivocó. Primero digo y luego pienso. Al final soy. Supongo. Es enredado a ratos. No siempre. Rarezas de mi presencia en el mundo del lenguaje. De las palabras. De tenues frases que quedan por una u otra razón ecolando en tu mente. Resonando casi eternamente. Como un ruido hermoso de palabrisms inconscientes. Y después. En realidad no sé qué viene después. Me causa un poco de risa pensar en eso. ¿Acaso la vida no se trata de estar un poco

más en calma con uno mismo? ¿De tropezar cada vez mejor en el mundo? ¿De implicarnos en la queja hacia los demás, teniendo presente que soy yo mismo quien realiza mis actos? Así fue como llegué a Aurora.

De terapia en terapia me la pasé desde temprana infancia. Lo insoportable de eso. Lo insólito que fue haber nacido en contra de la voluntad propia. En mi adolescencia me preguntaba si es que era posible que existiera algo más allá de nosotros mismos. Me imaginaba una marioneta interna que guiaba mis pensamientos. Que guiaba mis acciones. ¿Por qué hago esto si en realidad deseaba hacer otra cosa? ¿Por qué le conté a esta persona este secreto, si había decidido no hacerlo? ¿Quién guía mis pensamientos? ¿Por qué sueño tanto cuando ya no estoy despierto? Preguntas sin respuesta que me acechaban incesantemente. A veces no podía respirar de tan solo pensar que hacerlo implicaba estar al día con la vida. Me refiero: querer vivir. Elegir cada día. De a poco. Uno más. Paso a paso. Y así poder bailar. Me gustaba mucho bailar. La primera vez que fui al teatro municipal fui con alguien de mi familia muy querida para mí. Ella siempre se preocupó de inculcarme el mundo de las artes y después dejarme libre para tomar mi propia postura al respecto. Es importante que una niña tenga una propia visión de vida me decía. "Aurora, es más difícil ser niña que ser niño. Al menos esa fue mi experiencia". La verdad nunca entendí mucho a qué se refería. A veces creo que todavía no lo entiendo.

El sufrimiento es transversal a la humanidad. O al menos eso pienso. Y en esta época. En este mundo. Donde la crueldad abunda. Donde no hay que tener necesariamente desventajas económicas para ser miserable de espíritu. Pero al final del día, estamos solos. Cada una vive consigo misma. Con sus pensamientos rumiantes. Con sus sueños inquietantes. Con su angustia singular a veces impalpable. Intento convencerme a mí misma de que hay personas que sus días son más oscuros que los míos. Que el enigma de la existencia psíquica les cala diferente-mente el cuerpo [y sus mentes]. Pero esa no es una gran verdad, no es nada nuevo para mí. Así fue como me aprendí a escuchar. Antes de encontrarme por casi las casualidades de la vida con este analista, y no con otro. Decisiones (in)-conscientes para quedarme. Para ir. Para desear vivir un día a la vez. Un minuto tal vez. Y que la fugacidad del tiempo no continúe en una transformación abrumante. Que sea simplemente una bruma: un velo. Una sombra. A veces a-parece-r y a veces no pareciera que ni existiera ni que fuera

tangible. Casi como el ruido de tus pensamientos. Y de los míos también. A veces... a veces cuando se encuentran muy alto, o muy velozmente inatrapables como un felino corriendo.

Creía que algunas personas vivían obnubiladas y las envidiaba. Seguramente también sufrían. Como yo. Como tú. Y sin embargo, es la desconexión con la realidad psíquica lo que más me agobia. Tener pensamientos que me gustaría que no fueran míos. Como si fuera otra persona la que habita mi psiquismo. Una de todas las personas. Un día las nombre así: persona menstruación, persona imaginadora, persona “una mujer”, persona genialística, y tal vez olvido alguna. Siempre con los olvidos. Parte de. Y todas son fragmentos de la persona Aurora. Gracias a todas las que fui, a todas las que soy y en todas en las que me he reconvertido. Cito de memoria ahora a [Flora] Alejandra Pizarnik en sus diarios. Dice: “tengo mucho miedo y no obstante estoy maravillada, fascinada por lo extraño y lo inextricable de todo lo que soy, de todas las que soy, y las que me hacen y deshacen. Y siempre es la misma voz: tú sabes más de lo que sabes. Creo mejor hacer lo que tengo ganas, es decir, leer mucho, conocer y escribir, sola y solitaria.” Sola y solitaria. Sola y solitaria. Solitario y solo. Solo y solitario. Y es que al final del día sí estamos solos. Pero es una duda indagadora sobre nosotros mismos lo que nos hace consultar a un(a) analista y no a cualquier otra terapia del mercado capitalista de las redes sociales. Una duda que se transmuta de persona a persona, y que sublimando hacia otros lugares llevó a Frida Kahlo a crear las más bellas y extravagantes obras. A Julieta Kirkwood a investigar sobre cómo el retorno a la democracia era fundamental a nivel país, pero también en la cotidianidad del hogar. A Clarice Lispector a posicionarse en el mundo de las letras con su “no estilo”. Y a muchas otras voces que escriben, dibujan, crean, exploran, y se preguntan “cosas”, desde sus oficinas, trabajos o escuelas. Seres hablante que se inmiscuyen en su paso por la vida gozando y sufriendo al mismo tiempo. Una forma inexplicablemente interesante de sobre-vivir a la existencia; y que sin embargo muchas veces se torna en un exceso de vivir.

Sobreexigiendo al cuerpo, llevándolo al límite. Desvaneciéndose en el y a través de él con todo lo que este mundo tiene para ofrecer. Sujetos; seres humanos. Personas hablantes que a pesar de tener vínculos que les hacen bien (o mal, da

igual), se sienten en la soledad más profunda. A veces una soledad desgarradora.

Personas como tú y como yo. Algunas siendo más explícitas que otras, y las otras pintando sus desventuras como si fuera un cuadro de Van Gogh. A pinceladas precisas y coloridas, a veces sin pensarlas, solo: actuándolas. Y las primeras en descripciones tan mortíferas y literales, como leer un cuento de terror de Edgar Allan Poe. De huesos quebradizos como las lágrimas sensibles y cristalinas que recorren mi mejilla al estar triste. De sangre hirviendo a través de las articulaciones inmóviles. Del latir del corazón que se siente intensamente vivificante, pero simultáneamente muy agobiante. Del (no) sentir del cuerpo.

Parecía como si efectivamente la única consistencia que tenemos es la de nuestro cuerpo. Como cuando viajé a Valparaíso y a penas me bajé del bus escuchaba a lo lejos el sonido del mar, pensaba: vengo al mar desde la montaña, caminando y viajando desde la capital. Me bajo del bus y ya siento el olor a playa. ¿Dónde está el mar? ¿Hacia dónde tengo que caminar? El mapa es muy claro, y me pierdo sin embargo. Saco fotos a la arquitectura de las calles. Me gusta mucho este lugar. El mar me espera en lo lejos del camino, camino bailando imaginando que ya estoy allá. Huele a mar. El mar es tan lindo. Veo unas gaviotas que se comunican entre sí. ¿Qué se dirán? Seres extraños como una a veces está. Está nublado e igual me quiero bañar. Quizás salga el sol pronto; parece que ahí va. Es tan lindo el mar. Acuareleando en mi croquera veo junto al mar; una mirada tierna que me deja respirar. Parece que soy yo misma y mis propios pensamientos. Necesitaba estar acá. Lejos del ruido incesante de la ciudad. Un poquito más lejos de esa humanidad. Y solo me acompaña hoy el mar.

- Están buenos. (Me dijo A, desde su sofá).
- ¿Buenos? [no sé cuán de acuerdo estoy con que estos escritos sean calificados como buenos. Igual me reí. No creo que sean malos. ¿Qué sería un escrito malo en cualquier caso? Anotó este pensamiento para una futura investigación: la subjetividad entrelazada para analizar un buen o mal escrito].
- Me gustaron.

- Un gusto. Mmm. Ahora sí me dio mucha hambre. Me gustaría almorzar tallarines con atún.
- Hasta aquí entonces, y a almorzar se ha dicho.
- Jajaja.

Reírse -a mi parecer- es la mejor arma frente a lo real. La real-idad corporal, la real-idad mental, la real-idad que unifica nuestro decir con nuestro hacer. Reírse y salir a bailar.